



ANIVERSARIO

ISSN 0798-1171

Depósito legal pp. 197402ZU34

Esta publicación científica en formato digital
es continuación de la revista impresa



REVISTA DE FILOSOFÍA

I. 50° Aniversario de Revista de Filosofía

II. Ontognoseología, Lenguaje y Realidad

III. Eticidad: Conflictos, Diversidades y Derechos

IV. Pensamiento Educativo: Aplicaciones y Contextos

V. Ensayos

Centro de Estudios Filosóficos
"Adolfo García Díaz"
Facultad de Humanidades y Educación
Universidad del Zulia
Maracaibo - Venezuela

**N°Especial
2022**

Revista de Filosofía
Vol. 39, N° Especial, 2022, pp. 73 - 81
Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela
ISSN: 0798-1171 / e-ISSN: 2477-9598

Filosofía, lenguaje y realidad: la *querrela* de los universales y sus implicaciones onto-gnoseológicas

Philosophy, Language and Reality: The Quarrel of Universals and its Onto-Gnoseological Implications

Ana Isabel Hernández Rodríguez
ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8232-7741>
Universidad Nacional a Distancia – España
ana.isabel.her.rod@gmail.com

Este trabajo está depositado en Zenodo:
DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.6416064>

Resumen:

Los objetos que pueblan el mundo son exteriores a la mente humana, así como individuales y particulares. Mientras, los conceptos son el resultado de concebir algo mentalmente, separándose de la inmediatez de las impresiones sensibles y, por lo tanto, de las representaciones particulares. Mediante el concepto, pues, se llega a una significación universal que se formula mediante una palabra y constituye aquello con lo que nos referimos y podemos aplicar a una multitud de individuos de manera indistinta. Y es que el concepto es una representación intelectual de un objeto universal o general que se obtiene por medio de la abstracción y, por eso mismo, es abstracto y no concreto.

Este trabajo se centra en cómo la Edad Media trató el problema de los universales, así como los argumentos más importantes del debate. Así, después de señalar los primeros antecedentes antiguos de la polémica de los universales, realizaré una breve panorámica de la era medieval en tanto contexto conflictual y, para terminar, analizaré las principales posiciones: la postura realista, con su doble vertiente extrema, de raigambre platónica, y moderada, influida por la concepción aristotélica de la sustancia), y la postura nominalista, articulada teóricamente por Guillermo de Occam y llevada a la práctica científica por pensadores que marcan el tránsito de la filosofía de la naturaleza medieval a la física-matemática renacentista.

Palabras clave:

Universal; género; especie; lógica; sustancia; concepto.

Recibido 14-01-2022 – Aceptado 28-03-2022

Abstract:

The objects that populate the world are external to the human mind, as well as individual and particular. Concepts, on the other hand, are the result of conceiving something mentally, detached from the immediacy of sensible impressions and, therefore, from particular

representations. By means of the concept, then, we arrive at a universal significance which is formulated by means of a word and constitutes that which we refer to and can apply to a multitude of individuals indistinctly. The concept is an intellectual representation of a universal or general object that is obtained through abstraction and, for this very reason, is abstract and not concrete.

This paper focuses on how the Middle Ages dealt with the problem of universals, as well as the most important arguments of the debate. Thus, after pointing out the early ancient antecedents of the universals polemic, I will give a brief overview of the medieval era as a conflictual context and, finally, I will analyse the main positions: the realist position, with its twofold extreme, with Platonic roots, and moderate, influenced by the Aristotelian conception of substance), and the nominalist position, articulated theoretically by William of Occam and put into scientific practice by thinkers who mark the transition from medieval philosophy of nature to Renaissance physical-mathematical philosophy.

Key words:

Universal; gender; species; logic; substance; concept.

1.- Introducción

La relación entre lo particular factual y lo universal mental, una vez convertida en objeto de estudio, ha conllevado a una de las disputas filosóficas más interesantes en la historia de la filosofía. Ha llegado a plantearse desde tres disciplinas: desde la *ontología*, la pregunta crucial es qué corresponde, si hay algo que corresponda, en la realidad extramental, a los géneros y las especies que se dan en la mente humana; la *psicología*, por su parte, trata de resolver el cómo se forman los conceptos universales y, por último, la pregunta sobre la posibilidad *práctica* del conocimiento científico, en tanto discurso colmado de conceptos generales que acaban en una aplicabilidad ciertamente operativa, es planteada desde la *epistemología*. Por otro lado, si queremos aclarar en qué ha consistido el problema de los universales a través de preguntas, podemos señalar, sobre todo, las siguientes: ¿de qué hablamos cuando usamos términos generales? o ¿a qué nos referimos cuando decimos “animal”, “triángulo”, etc.? En definitiva, ¿cuál es el *status* del universal expresado por un concepto? Los universales, ¿acaso hacen referencia a una cosa que existe *aparte* de los animales, de los triángulos, etc., o a una cosa que existe *en* los animales, los triángulos, etc., o bien se trata de *conceptos* que solo habitan en la mente humana y designan a una pluralidad de individuos singulares?

Dada la necesidad de limitar este estudio, me centraré en cómo la Edad Media trató este problema, así como los argumentos más importantes del debate. Así, después de señalar los primeros antecedentes antiguos de la polémica de los universales, realizaré una breve panorámica de la era medieval en tanto contexto conflictual y, para terminar, analizaré las principales posiciones: la postura realista, con su doble vertiente extrema, de raigambre platónica, y moderada, influida por la concepción aristotélica de la sustancia), y la postura nominalista, articulada teóricamente por Guillermo de Occam y llevada a la práctica científica por pensadores que marcan el tránsito de lo medieval a lo renacentista.

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0)

<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>

2.- Antecedentes antiguos y eclosión medieval de la polémica de los universales

La llamada “querrela de los universales” se inició en el siglo XI pero sus antecedentes se encuentran en el debate entre Platón y Aristóteles. Este, que bien puede considerarse un platónico disidente, había criticado la doctrina de las Ideas que, a fin de cuentas, es el fundamento de la concepción platónica de los universales. Mientras Platón, que había colocado a las Ideas, solo accesibles mediante la razón y sus procedimientos deductivos, en un mundo aparte de los particulares, Aristóteles hizo de las formas aquello a lo que el entendimiento llega por abstracción pero a partir de los individuos particulares. De hecho, el Estagirita afirmó que el particular participa de lo universal en sentido lógico, pero no en el sentido que pretendiera su maestro, a saber, en sentido metafísico. La razón principal de esto es que Aristóteles no dota al universal de esa subsistencia ontológica que albergan las Ideas platónicas.

Sea como fuere, la *querrela* de los universales es, además de una cierta continuación del debate entre la trascendencia platónica y la inmanencia aristotélica¹, un problema de interpretación de Aristóteles dada la ambigüedad de los textos lógicos de este, por lo menos hasta el siglo XII. Aristóteles afirmaba que el conocimiento científico de una cosa se da cuando sabemos, en primer lugar, qué es y por qué es esa cosa. Gracias a que conocemos la causa, podemos tener la certidumbre de que la cosa es necesariamente así y no de otro modo, por lo que la ciencia es no solo un conocimiento universal (no hay ciencia de lo particular) sino también un conocimiento necesario y, por supuesto, verdadero y cierto.

El segundo antecedente del problema medieval de los universales es un fragmento de la *Isagoge* del gran discípulo y editor de la obra de Plotino, Porfirio (232-304), al libro de las *Categorías* de Aristóteles. La *Isagoge* de Porfirio fue conocida a través de la traducción al latín de Boecio (480-525) y lo que la hace fundamental en el tema que nos ocupa es que formula tres preguntas. La primera, si los términos universales subsisten en sí mismos o si son solo conceptos de la mente; la segunda, si subsisten corpórea o incorpóreamente y; la tercera, dando por válida una de las alternativas, pregunta si tales subsistencias incorpóreas están unidas o separadas de las cosas. En este sentido, y sin ahondar en el asunto por parecerle enormemente complejo, ya indica que Platón considera que los universales están separados de las cosas y que Aristóteles afirma que están unidos a ellas.

Además de traducirla, Boecio realizó dos comentarios a la *Isagoge* de Porfirio, a quien estimaba de manera extraordinaria en el campo de la Lógica, y a las *Categorías* aristotélicas. Además, son sobre Lógica los escritos que aglutinan la mayor parte de la obra de Boecio. Nótese que Boecio fue imprescindible en este terreno y, no en vano, ese al que llamarían más

¹ La lógica simbólica aristotélica sustituyó a la dialéctica platónica como nuevo procedimiento científico en tanto demostración: no se trata de ascender al reino trascendente de las ideas y, por ello mismo, la lógica de Aristóteles ya no es puramente formal por hacer referencia permanente a la realidad cuya estructura pretende reflejar. No en vano, Aristóteles reprochó a su maestro haber afirmado que lo verdaderamente real, esto es, el “ser” propiamente dicho o la “sustancia” era la Idea que existe separada de las cosas individuales.

tarde el último romano² enseñó a generaciones enteras de teólogos medievales qué es argumentar, es decir, qué es un silogismo, cuáles son sus figuras, cómo se garantiza una inferencia, etc. Por ello, Boecio contribuyó a consolidar el esquema platónico-aristotélico de la ciencia como captación de lo universal y a que así pasara, apenas sin variantes notables, a la Edad Media. El realismo de Boecio, ciertamente moderado, se deja notar en la convicción de que las cosas están en un lugar anterior que la ciencia, o, dicho de otro modo, que las cosas están primero y, después, la ciencia. Entonces no extraña que, siguiendo la estela del pitagorismo platónico y de Jenócrates, las realidades “inteligibles” o entidades matemáticas, solo accesibles mediante la razón, sean para Boecio las imágenes o causas ejemplares conforme a las cuales creó Dios todas las cosas del mundo celeste y terrestre.

En definitiva, si bien hasta el siglo XII el corpus filosófico estaba muy limitado con un Aristóteles reducido a los dos primeros escritos lógicos completados con los de Boecio, durante el siglo XIII esta situación cambiará radicalmente con la recuperación de toda la obra de Aristóteles y del marco teórico de la filosofía árabe, profundamente penetrada del neoplatonismo posterior a Porfirio.

3.- Las principales posiciones medievales respecto a la polémica de los universales:

El realismo, con su doble vertiente extrema y moderada, y el nominalismo, cuyo principal exponente es Guillermo de Occam, son las dos direcciones nucleares tanto de la lógica antigua como medieval y, si bien el realismo hace del universal la esencia necesaria y sustancial de las cosas además de *conceptus mentis*, el nominalismo convierte al concepto universal en un signo de las cosas y le arrebató su sustancialidad.

3.1.- El realismo extremo y el realismo moderado:

En la controversia sobre el tipo de realidad que puede atribuirse a un concepto universal, son realistas las posiciones que reconocen a los universales una realidad no exclusivamente conceptual o lingüística. Si en la posición del realismo extremo Platón aparece como uno de sus primeros configuradores, en el realismo moderado lo es Aristóteles. Este, en su intento de superar el dualismo de su maestro, trasladó a la realidad sensible, como forma o acto, a aquel *eidos* que Platón había colocado en el mundo inteligible. Aristóteles, entonces, llegó al concepto partiendo de los particulares sensibles y por medio de la abstracción. El concepto aristotélico es, a la vez, categoría o forma de la realidad y predicado lógico que corresponde a tal forma. Y el intelecto humano se adecua a las formas reales de las cosas.

² Roma fue la ciudad de la primera formación de Boecio y, aún joven, lo fue Atenas que, en aquel momento, era una ciudad que respiraba el auge del eclecticismo neoplatónico y que le brindó a Boecio una erudición muy completa en literatura y filosofía griega. Fue en Atenas donde Boecio se planteó el mismo proyecto que ya había tenido Cicerón: trasladar al latín la filosofía griega (desde los textos originales griegos que, conservados en Oriente, aún resultaban completamente desconocidos en Occidente) y conciliar los pensamientos platónico y aristotélico, y esta conciliación, ciertamente ecléctica, no es ni más ni menos que la base de su propia postura filosófica.

Para el realismo extremo, el término universal indica una realidad metafísicamente previa a la del particular. Precisamente *ante rem*, porque se da como causa ejemplar de las cosas que pueblan el mundo. Ya en la filosofía antigua, Sócrates, según testimonia Aristóteles, fue el primero en advertir la necesidad de hallar el universal mediante la inducción y la definición. Y, sobre el fundamento del universal, Platón constituyó su metafísica del *eidós*, o sea, de la forma eterna, inmutable y separada de la realidad que deviene. La idea platónica es, pues, el universal en sentido metafísico. A partir de la concepción platónica, Agustín de Hipona colocó a las ideas en el intelecto divino y, por ende, sostuvo un realismo extremo en la medida en que la noción de ser humano es la forma contenida en el Verbo.

Como exponentes del realismo extremo o exagerado hay que nombrar a Juan Escoto Erígena (siglo IX), Remigio de Auxerre, Odón de Tournai y, ya en el siglo XII, Anselmo de Canterbury (1033-1109) y Guillermo de Champeaux (1070-1120). Entre las obras de este último destacan *De Eucaristia*, *De origine animae* y *De generibus et speciebus*, donde se reanuda la antigua disputa peripatética sosteniendo que la esencia real es lo que se predica de la cosa particular. La misma naturaleza esencial que muestran los conceptos universales está enteramente presente, al mismo tiempo, en cada uno de los miembros individuales de la especie en cuestión. La enorme consecuencia lógica del planteamiento de Guillermo es que los miembros de una especie difieren los unos de los otros no sustancialmente, sino solo accidentalmente.

El realismo moderado estuvo abanderado por Boecio, Eurico de Auxerre, Roscelino, Berengario de Tours, Pedro Damián y, como su culminación más acabada, por Pedro Abelardo (1079-1142), personalidad nuclear del siglo XII que contrapuso pasajes de la Escritura con testimonios de los Padres de la Iglesia (pensamiento patrístico) con el fin de mostrar sus contradicciones. La obra de Abelardo, siguiendo el magisterio de Roscelino, supuso un intento de racionalizar la fe y el dogma a través de una erradicación del misterio. No por casualidad, sus escritos fueron declarados heréticos en sendos concilios de Soissons (1121) y Sens (1140) en tanto trataron de conciliar el racionalismo y la preferencia por lo concreto, y, además, defendieron una moral individualista y humanista. En una palabra, Abelardo cuestionó el hábito escolástico de saldar las disputas recurriendo al argumento de la autoridad.

Para el enamorado de Eloísa, el término universal indica una realidad ya no *ante rem* sino *in rem*, esto es, es una esencia que habita en el particular, o bien formalmente, o bien como fundamento. Ciertamente, en la figura de Abelardo se explicita la caracterización del realismo moderado como un espacio intersticial entre el realismo extremo y el nominalismo que explicaré en el epígrafe siguiente. Y es que, si bien los universales tienen una determinada realidad en las cosas particulares, esta realidad no es independiente de esas mismas cosas. Por ello, Abelardo siguió las huellas de Aristóteles y afirmó que el universal tiene su fundamento *en* los caracteres comunes de las cosas individuales y reales. Dicho de otro modo, el universal no es una cosa (como pretende el realismo extremo), pero tampoco

es una emisión de voz (como afirmara el nominalismo), sino un *sermo*, una *vox significativa* que se puede predicar de varias cosas. Realmente, Abelardo tiene el mérito de mostrar las consecuencias absurdas del razonamiento del realismo extremo: aceptando la definición aristotélica del universal tal y como la transmitiera Boecio, se procedió a afirmar que lo que se predica no es una cosa, sino un nombre, y se dio un golpe de muerte al realismo extremo de Guillermo de Champeaux sin, no obstante, negar la objetividad a los géneros y las especies.

Las resonancias aristotélicas y las huellas dejadas por Abelardo y por su discípulo Juan de Salisbury, se dejan notar también, por supuesto, en Tomás de Aquino, para quien el universal es un término que expresa la forma o sustancia que solo puede subsistir en las cosas y no de manera separada de ellas. Los universales no son cosas subsistentes y no existen sino en las cosas singulares; son conceptos que resultan de la abstracción y, en cierto sentido, una contribución subjetiva. Ahora bien, aunque en el concepto universal la mente humana conciba algo de una manera distinta a su modo de existencia concreta, nuestro juicio acerca de la cosa misma no es erróneo. Lo que pasa, argumenta Tomás, es que la forma (que existe en la cosa en un estado individualizado) es abstraída, es decir, convertida en objeto de atención exclusivo de la mente por una actividad inmaterial de esta. Y en Duns Escoto: el universal, en sentido estricto, está en el intelecto, pero como representación de una naturaleza común que existe verdaderamente en las cosas, y que es distinta, no numérica sino formalmente, de la individualidad de las mismas.

El realismo moderado, ciertamente, negó las formas ultrarrealistas que, a partir de Platón, sostuvieron los primeros medievales. Ahora bien, el realismo moderado pretendió siempre salvar de algún modo el platonismo, sobre todo el platonismo desarrollado por Agustín de Hipona.

3.2.- El nominalismo

El nominalismo es uno de los antecedentes del pensamiento laico. Fue identificado con el escepticismo y las autoridades eclesiásticas condenaron su enseñanza. El nominalismo se sitúa en la última centuria de la Edad Media, en medio de múltiples elementos que anunciaban una ruptura radical entre la Iglesia y los nacientes Estados nacionales. Además, los ideales y los poderes encarnados en las dos figuras teocráticas, el pontífice romano y el emperador germánico, están en un serio declive. De hecho, el nominalismo realiza un giro crítico dentro del pensamiento medieval que conllevará la independización de la filosofía respecto a la teología.

Si al siglo XIII se le conoce como el siglo de Aristóteles, el siglo XIV va a ser el siglo de la crítica al sistema aristotélico, lo que es posible a partir de la asunción y seguimiento de las líneas directrices del nominalismo, verdadera alternativa a las dos vertientes realistas. Como antecedentes del nominalismo hay que nombrar a Gorgias, Antístenes y Epicuro, pero lo cierto es que la primera contribución importante a este respecto pertenece a los estoicos a través de su doctrina de la expresión según la cual es preciso distinguir entre el sonido

sensible simple y el significado auténtico de ese sonido, separado del sonido en cuanto tal, pero incorpóreo e inexistente en sentido estricto. Llegada la Edad Media, Roscelino aparece como el fundador del nominalismo por sostener que el universal es un mero *flatus vocis*, es decir, alteraciones físicas de las cuerdas vocales y vibraciones atmosféricas. Roscelino, del que solo tenemos noticias de su pensamiento a través de los juicios de sus adversarios Anselmo de Canterbury, Pedro Abelardo y Juan de Salisbury, fue condenado en el concilio de Soissons por su negación de la unidad de las personas en la Trinidad. Roscelino afirmó un triteísmo: así como la humanidad no es nada de por sí ya que su realidad se diluye en la de los hombres aislados, así también la divinidad no es algo común a las tres personas divinas, pues cada una de ellas es única y singular.

Mas el príncipe de los nominalistas es el inglés Guillermo de Occam (1285-1347) que entiende el término universal como algo *post rem*, porque no hay más realidad que la del individuo. El universal *sigue o viene después* de los particulares, y es la realidad de estos la que lo fundamenta. La realidad es totalmente individual y la universalidad es el resultado de la acción del intelecto que reúne bajo un único signo mental (el concepto genérico o específico) a individuos diferenciados por particulares grados de semejanza. Occam expresó su convicción con una frase tan clara como contundente que aparece en su *Suma logicae*: *ninguna cosa fuera del alma, ni por sí ni por algo que se le agregue, real o irracional y de cualquier manera que se considere y se entienda, es universal, ya que tan imposible es que una cosa fuera del alma sea universal como imposible es que el hombre, por cualquier consideración o según cualquier ser, sea asno*. El universal es reducido, exclusivamente, a la función lógica de la predicabilidad. Queda subrayado el carácter de *suppositio* del universal, esto es, la función de signo que el término universal reviste desde su perspectiva. Es más, la realidad del universal es considerada contradictoria. Los universales son formas verbales a través de las cuales la mente humana constituye relaciones con un alcance exclusivamente lógico: signos que sirven para abreviar cosas semejantes. Resulta infundado, pues, el paso desde la naturaleza específica o esencia universal hasta el individuo singular. El nominalismo de Occam reemplazó al realismo no solo de corte tanto platónico (trascendente), sino también aristotélico (inmanente). Y es que, aunque reconozca la existencia de un conocimiento abstractivo, este depende, en todo, del intuitivo.

No por casualidad, a Occam se le conoce también como uno de los propulsores más importantes de la llamada “vía moderna”. Las razones son su asunción de una serie de principios que anuncian lo que será la filosofía renacentista: el principio de economía, la afirmación de la individualidad de la existencia, la prioridad de la experiencia. Estos principios conllevan que Occam apueste por un tipo de conocimiento probable que, basándose en experiencias reiteradas, permita prever que lo ocurrido en el pasado posee un alto grado de posibilidad de suceder en el futuro. Del examen de las cosas individuales y múltiples, que ya no están vinculadas entre sí por nexos inmutables y necesarios, emergerá el estímulo de la investigación científica. Es más, tal y como ya hemos adelantado, la importancia de Occam en el tránsito de lo medieval a lo moderno es enorme. De su propuesta se deriva una serie de criterios de análisis de la realidad determinantes en la configuración de la nueva física: en primer lugar, dado que el fundamento del conocimiento

científico es el conocimiento experimental, queda asumido que solo se puede conocer de manera científica aquello que es controlable mediante la experiencia empírica, y; en segundo lugar, lo importante ya no es la naturaleza, sino la función, por lo que la preocupación de la ciencia, más que *qué* son los fenómenos, será *cómo* se comportan.

En fin, el impulso determinante de los escolásticos del siglo XIV a la formación de la ciencia moderna es, hoy en día, innegable. Criticaron teorías aristotélicas tales como la del movimiento de los astros y de los proyectiles. Recuérdense que el principio básico de la física de Aristóteles, esto es, *todo lo que se mueve es necesariamente movido por algo*, suponía la acción directa o continua de un motor para explicar cualquier tipo de movimiento local, incluido el de los objetos arrojados con fuerza. Así, de la estela teórica de Occam surgieron estudiosos de la naturaleza tales como los franceses Juan Buridán (1290-1358), Nicolás de Oresme (1325-1382) y Nicolás de Autrecourt (1300-1350), y el inglés Tomás Bradwardine (1290-1349). El primero escribió un manual de lógica, *Summulae de dialéctica*, y dos tratados sobre argumentos lógicos más específicos, *Sophismata* y *Consequentiae*, en los que sostuvo la intrínseca individualidad de lo real y atribuye la universalidad solo a los conceptos. Es en *Cuestiones sobre metafísica* donde Buridán critica la dinámica aristotélica explicando la continuación del movimiento en el móvil por una especie de *ímpetus* que el motor imprime al cuerpo movido. He aquí la primera crítica al principio aristotélico del movimiento y el primer asomo de la noción de *inercia*, fundamental en la mecánica moderna, así como la inclusión de los movimientos cósmicos en un único sistema de leyes mecánicas. El segundo, Nicolás de Oresme y su *Tratado del cielo y del mundo*, es considerado precursor de Nicolás Copérnico por afirmar que el movimiento, la gravitación y las direcciones del espacio tienen un sentido relativo. Luchó contra las supersticiones de la astrología y apostó por el estudio científico de la astronomía. En efecto, Nicolás, en un intento de simplificar el sistema de Ptolomeo, negó la existencia de aquel centro fijo del Universo con que Aristóteles relacionaba todos los movimientos celestes. El tercero fue acusado de difundir doctrinas heréticas y condenado por orden papal. Al igual que los demás, desarrolló con coherencia el nominalismo de Occam y extrajo consecuencias escépticas, de ahí que se conozca como *el Hume de la edad Media*. Para Nicolás de Autrecourt, todos los conocimientos ciertos proceden de la experiencia y se convierten en una autoevidencia inmediata. De esta manera, las nociones de *sustancia* y de *causa* son simples yuxtaposiciones y no hay intuición directa ni de aquella ni de esta más allá de sus accidentes y modificaciones. Es claro, entonces, cómo este autor eliminó el fundamento de la concepción racional tradicional del cosmos y, también, rechazó la presencia en la naturaleza de una jerarquía entre los seres y de cualquier causa final. Respecto a Tomás Bradwardine, fue promotor de un tipo de estudios lógico-matemáticos que seguidamente fueron denominados *Calculaciones*. Pero es en el *Tractatus de proportionibus velocitatum in motibus*, donde Bradwardine da una solución matemática al problema de cómo correlacionar una variación de velocidad de un móvil con una variación de las causas que determinan las velocidades. De este modo, Bradwardine relaciona matemáticamente la velocidad, la fuerza y la resistencia. En fin, siguiendo la estela occamista, estos autores tienen en común la labor de hacer caer el sistema de causas necesarias y ordenadas del

universo aristotélico y la no substancialización de entidades como el espacio, el tiempo, el movimiento y el lugar natural.

4.- Conclusiones

La discusión medieval sobre los universales fue relevante tanto en el ámbito onto-teológico como gnoseológico. Téngase en cuenta que en este tiempo de mil años que aún no ha problematizado las relaciones entre sujeto y objeto por la mediación idealista de la representación de aquel³, conocer es conocer en la cosa y, por tanto, la negación de la existencia de los universales que propuso el nominalismo supuso la negación del conocimiento necesario y universal como tal. Es más, la idea de la existencia meramente conceptual de las esencias es entendida como un embate directo a la posibilidad misma de la metafísica.

La naturaleza se ve expurgada de entidades universales y necesarias y, por ende, las ciencias positivas (en concreto: la física) pudieron comenzar a concebirse como ciencias empírico-matemáticas. Y es que, con la llegada de la filosofía moderna y su giro subjetivista, y esa es una de sus características principales, se admite que el conocimiento es, más que una descripción especular de la cosa, la constitución o, por lo menos, la determinación de esta por parte del sujeto cognoscente, pero ello no resta el valor y el afán de objetividad. Que el universal sea un nombre y, por tanto, que habita en el polo del sujeto, conlleva que tal universal señala o indica una realidad que es diferente a él mismo. La gran consecuencia de esto es, ni más ni menos, una separación tajante y fundamental, a saber, la de la lógica y la realidad, los términos y la res, el plano conceptual y el plano real. Y es que, tras la negación de la tesis de que en la realidad extramental están esas sustancias universales a las que los conceptos universales hacen referencia, queda negado la correspondencia entre el pensamiento y las cosas, y es esta negación lo que provocará o permitirá la emergencia del idealismo cartesiano. No en vano, a Guillermo de Occam se le ha reconocido como el iniciador de la “vía moderna”, o sea, del nuevo modo de hacer teología y filosofía que hallará plena aceptación en la Edad Moderna.



REVISTA DE FILOSOFÍA

Nº ESPECIAL – 2022 - ABRIL

Esta revista fue editada en formato digital y publicada en abril de 2022, por el Fondo Editorial Serbiluz, Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela

www.luz.edu.ve www.serbi.luz.edu.ve
www.produccioncientificaluz.org